



EL PECADO DE LOS HOMBRES¹

Podemos afirmar que la religión revelada se caracteriza tanto por la revelación y adquisición de conciencia del pecado como por la redención de los pecadores. El Antiguo Testamento es, principalmente, la historia de las ofensas del hombre contra Dios. Y con las secuelas de castigos y esperanzas de perdón que esas faltas traen consigo. El Nuevo Testamento publica la venida del Salvador: "*El salvará a su pueblo de sus pecados*" (Mt 1, 21). Esta última palabra está en plural. De hecho, la Biblia utiliza más de treinta términos diferentes para designar el mal o la culpa: desobediencia, injusticia, deuda, transgresión, rebelión, infidelidad, etc. Pero el vocablo que aparece con más insistencia (*amartía* en griego, *hattah* en hebreo) suscita la idea de "errar la meta". De ahí: desviarse o extraviarse, equivocarse de camino. Si pensamos que la vocación del hombre—su única razón de ser—es encontrar a Dios, unirse a El, entonces el pecado es—al mismo tiempo—un error (*sheghaghah*), una locura y una obceca-

ción (*nebáláh*). Comprenderemos ahora por qué la Escritura dice que el justo es sabio y que el pecador es necio (Si 16, 21; 21, 11-28).

Después de la creación del mundo y del hombre por Dios, la primera afirmación bíblica es la del carácter original del pecado. En efecto, en la aurora misma de la estirpe humana, Adán aparece como dueño y señor de la tierra, como imagen de Dios, colocado en un paraíso de delicias y gozando de la intimidad de su Hacedor (Gn 1, 26; 2, 8; 3, 8). Ahora bien, Adán quebranta una prohibición formal de Dios (Gn 2, 17; 3, 6). Esta falta no es sólo una desobediencia e incluso una rebelión contra una prescripción moral; sino que no tiene sentido sino en función de Dios, el cual tiene el derecho absoluto de determinar el comportamiento de su criatura; hasta tal punto, que el pecado, según la Biblia, tiene esencialmente carácter religioso. Este hecho primordial orientará el destino de Adán y el curso entero de la historia. Desde entonces habrá un lazo inmutable entre pecado y desgracia. En efecto, por un lado, este primer pecado separa de Dios, provoca la vergüenza, atrae el castigo, multiplica fatigas y padecimientos (Gn 3, 7-20). Por otra parte, el pecado se perpetuará a través de las generaciones. Y la ofensa contra Dios acarreará toda una serie de faltas contra el hombre; celo y violencia aparecen en el asesinato de Abel por su propio hermano (Gn 4, 1-16). Y después en la crueldad de Lamec (Gn 4, 23-24). Hasta tal punto, que *“la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”* (Gn 6, 5). Vino luego el diluvio...

No obstante, desde la primera caída, Dios tiene misericordia de su criatura (Gn 3, 21). Deja entrever la restauración (Gn 3, 15). Y, para asegurar el futuro espiritual de la humanidad, pone por obra el principio de la elección, estableciendo alianza con algunas almas íntegras: Noé, Abraham, los Patriarcas, que *“caminan con El”* (Gn 6, 9)

y de los que saldrá una humanidad nueva, el Pueblo de Dios.

El don de la Ley en el Sinaí señala una nueva etapa en la concepción del pecado. Israel está ligado a Dios por medio de una alianza, al estilo de un matrimonio indisoluble. Precisamente, las estipulaciones tienen la finalidad de asegurar la fidelidad del pueblo elegido, "*para que no pequéis*" (Ex 20, 20). Y Yahvé, por su parte, se compromete a asegurar la protección de los que le pertenecen a El y le sirven. De ahí resulta, por un lado, que habrá que aborrecer el mal como Dios lo aborrece, amar la virtud porque Dios la ama (Lev 19, 32-37 s; Dt 10, 17-20 s); por otro lado, que la idolatría es el pecado supremo (Ex 20, 3-7; 23, 24, 32). De hecho, Israel traiciona a su Creador. Y todos los desastres nacionales se atribuyen a su infidelidad¹. Pero este rigor en el castigo está ordenado a abrir los ojos y purificar los corazones. La pedagogía del Dios celoso, al castigar a sus hijos, pretende que reconozcan que el pecado es un mal y que conduce a la muerte. La conversión garantiza la paz, la prosperidad y la bendición (Dt 10, 12 - 11, 32).

Desde el siglo VIII, los Profetas van afinando la conciencia moral del pueblo elegido y tienden a inculcarle el sentido del pecado, la gravedad de sus faltas. Con este fin, insisten en la bondad y generosidad divinas (Jer 2, 7) que deberían impresionar aun a las almas más superficiales. El pecado, que es la respuesta del hombre a las atenciones de su bienhechor, aparece entonces como una repulsa, como una dureza de corazón (Is 46, 12; 48, 4, 8; Ez 2, 4), como una monstruosa ingratitud: "*El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento*" (Is 1, 3).

¹ Véase: Jue 2, 10-15; 3, 7-8; 4, 1-2; 6, 1-3; 8, 33-35; 10, 6-9; 13, 1; 1 R 11, 1-13; 16, 30-33; 2 R 10, 29-33; 13, 2-3. Véase luego: Os 13, 1-15; Am 2, 4-16; 3, 11; 6, 7-9; Mi 3, 1-4; Ez 5, 7-17; 33, 23-29. Puesto que todos los miembros de la nación son solidarios de los culpables, el pecado tiene carácter colectivo, y la comunidad entera está afectada por el castigo.

“Aun la cigüeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Yahvé” (Jer 8, 7; véase 2, 32). Sea cual sea la materialidad de la culpa (opresión de los débiles, desposeimiento de los pobres, corrupción de los jueces, acaparamiento de tierras, fraude en el comercio, concupiscencia y lujuria²), siempre es a Dios a quien se ofende. No hay pecado sino en relación con Dios. Así lo proclamó ya David, después de su adulterio: *“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”*³.

Cuanto más se purifica el alma, tanta mayor conciencia adquiere de sus culpas. No es, pues, de extrañar que los Profetas (que tratan de que los creyentes se acerquen a su Dios) estén tan vivamente impresionados por la universalidad del mal: *“Recorred las calles de Jerusalén... Buscad en sus plazas a ver si halláis hombre, si hay alguno que haga justicia, que busque verdad”* (Jer 5, 1). *“Desde el más pequeño hasta el más grande cada uno sigue la avaricia”* (Jer 8, 10; véase 5, 6). *“Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trazo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento”* (Is 64, 6). Verdaderamente, el pecado—que se extiende al mundo entero (Ez 25-32; Am 1)—tiene su raíz en el corazón (Jer 5, 23; 17, 9), como una perversa inclinación (Jer 2, 25; 7, 24; 18, 12) que no se puede desarraigar: *“¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?”* (Jer 13, 23; véase 10, 23). Es una corrupción, una enfermedad⁴.

² Is 1, 17; 5, 8-25; Os 4, 1-19; 12, 1-2, 8; Am 2, 6-8; 3, 10; 4, 1; 8, 4-6.

³ Sal 51, 6. Véase 1 Co 8, 12: *«De esta manera, pues, pecando contra los hermanos e hiriendo su débil conciencia, contra Cristo pecáis.»*

⁴ Véase Is 53, 4-5; Jer 14, 7 (según el texto hebreo). Con Jeremías y Ezequiel aparece claramente la noción de responsabilidad individual. Jer 17, 10; 31, 29; 32, 19; Ez 14, 13-23; 18, 20: *«El que pecare, ése morirá; el hijo no llevará el pecado del padre»*; Ez 33, 12-20.

Por eso, Dios quiere ser un médico que atiende al paciente en peligro y le aplica un tratamiento doloroso, pero que termina por ser eficaz: *“He aquí que yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré”* (Jer 33, 6). *“Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia”*⁵. Precisamente, el perdón del pecado revela toda la grandiosidad y gracia del amor de Yahvé: *“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado?... El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Cumplirás la verdad a Jacob, y a Abraham la misericordia, que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos”*⁶.

A la vuelta del destierro, la ley judía (que se expresa a través de la pluma de los sabios y en el canto de los Salmos) insiste en la universalidad del pecado. Ningún hombre es perfecto: *“Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”* (Sal 14, 1). *“Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque”*⁷. No cabe duda de que se trata de la imposibilidad congénita de una observancia exacta de la Ley⁸. Pero se da énfasis a la oposición entre la inmundicia del hombre y la santidad del Altísimo. El pecado se juzga por el horror que Dios siente de él⁹; y por el abismo que el pecado abre entre Dios y nosotros. Mientras que el impío, presuntuoso, cuenta con un perdón fácil (Si 5, 4-6), el alma religiosa confiesa con angustia:

⁵ Os 14, 5; véase 5, 13; Dt 32, 39; Is 57, 18; Jer 8, 21-23.

⁶ Mi 7, 18-20; véase Is 1, 18: *«Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.»* Según dice Ezequiel: Yahvé para hacer honor a su santo Nombre, quiere lavar a su pueblo de todas sus inmundicias: *«Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos»* (Ez 36, 23-27).

⁷ Ec 7, 20, véase Pr 20, 9: *«¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?»*

⁸ Sab 12, 10: *«No ignorabas que era el suyo un origen perverso, y que era ingénita su maldad»* (Si 23, 6; 25, 24; del pecado original).

⁹ Pr 3, 32; 6, 16-19; Si 17, 19-26.

“Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro”¹⁰. Así que a los pecados se los considera como una especie de profanación en el seno del pueblo escogido, en medio del cual mora Yahvé. Todo culto, todo acceso a Dios exigen perfecta santidad. Y por eso el pecado es, en último término, una mancha incompatible con la adoración del Señor¹¹. Mientras que el justo proclama que el Señor lo es todo (Si 43, 27) y vive en el temor de El (es decir, vive con la veneración y religiosa fidelidad que le merecen el título de sabio¹²): el pecador pretende ignorar y a menudo desprecia la absoluta soberanía divina. El justo vive bajo la mirada de Dios. El pecador se aleja de ella, y consume su desgracia: “*Los pensamientos perversos apartan de Dios*” (Sab 1, 3; véase Is 59, 2). ¡La historia confirma trágicamente con sus hechos la primera experiencia del Edén!



La predicación primitiva de la Iglesia no podía menos de acentuar el estado lamentable de los hombres, judíos o paganos, “*esclavos del pecado*”¹³. Pues el pecado reina sobre ellos como el tirano más despótico y cruel. Por ser universal la corrupción del mundo—“*todos pecaron*” (Ro 3, 23)—, provoca la cólera de Dios, es decir, su justicia vengadora¹⁴. El responsable de ello es Adán, cuyo pecado se transmitió a sus descendientes y corrompió la

¹⁰ Sal 90, 8, 12; véase Job 4, 17: «¿Puede ante Dios ser justo el hombre? ¿Ante su Hacedor es puro algún mortal?» «Sólo el Señor puede proclamarse justo» (Si 18, 1). «Sólo uno es el sabio: el Señor» (Si 1, 8).

¹¹ Zac 5, 5-11; Mal 2, 11.

¹² Pr 1, 7; 9, 10; Si 1, 14, 21: «El temor del Señor destierra el pecado.»

¹³ Ro 6, 16-22; Tit 3, 3: «Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros» (véase 2 P 2, 19). San Pablo caracteriza ordinariamente las faltas individuales como «trasgresiones» (*paraptoma, parabasis*), y reserva la palabra «pecado» (*amartia*), a la que a menudo personifica, para designar el poder que domina al hombre, le aparta de Dios y finalmente lo mata (Ro 7, 11-13).

¹⁴ Ro 1, 18; 3, 20; 10, 3; Ef 2, 3.

naturaleza humana ¹⁵. Y la ley de Moisés, al multiplicar los preceptos, sin dar la fuerza para cumplirlos, agravó más todavía la condición de los que estaban sujetos a ella. Aunque la ley de Moisés concretó y precisó lo que era el bien y el mal, avivó por este mismo hecho la conciencia del pecado y contribuyó a multiplicar las infracciones: *“Yo no conocí el pecado sino por la Ley; porque tampoco conociera la codicia, si la Ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la Ley el pecado está muerto. Y yo sin la Ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte”* (Ro 7, 7-10). *“La ley se introdujo para que el pecado abundase”* (Ro 5, 20; véase Ga 3, 22). No estamos oyendo consideraciones históricas o especulativas de carácter abstracto. Toda persona podría hacer suya la confesión del Apóstol: *“Yo soy carnal, vendido al pecado... Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago... Veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”* (Ro 7, 14-24).

Infelix homo! Así clama el pecador que—*volens nolens*—no puede hallar fuera de Dios una felicidad a la que aspira con todas sus fuerzas (Ro 8, 18-25). Sus propios pecados le prohíben—más rigurosamente que los Querubines armados que estaban a la puerta del paraíso—la entrada a ese hermoso reino, a ese reino ilusorio... hasta

¹⁵ «El pecado entró en el mundo por un solo hombre... Por la trasgresión de aquel uno murieron los muchos... Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores» (Ro 5, 12-19). Véase 1 Co 15, 21. Para más matices, consúltese: A. M. DUBARLE, *Le péché originel dans l'Écriture*, Paris 1958.

el día en que, en 'abios de un Apóstol, oye resonar aquella palabra liberadora: "¡Tus pecados te son perdonados!" En efecto, el acontecimiento más decisivo de la historia acaba de realizarse con la venida del Hijo de Dios a este mundo. Y lo que caracteriza la revelación neotestamentaria acerca del pecado es la circunstancia de vincularlo esencialmente con la Persona ¹⁶ y la obra entera de Jesucristo: el nacimiento de Cristo, su vida, su muerte, su resurrección, están ordenados a liberar al hombre del pecado, a "reconciliarlo" con su Dios, es decir, a salvarlo. Hasta tal punto, que el nombre mismo de Jesús expresa su misión: Jesús quiere decir Salvador (Mt 1, 21; Lc 1, 31, 77). Su Precursor le designa como el "*que quita el pecado del mundo*" (Jn 1, 29). Jesús mismo declara que viene "*a buscar y salvar lo que se había perdido*" ¹⁷. "*No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento*" (Mt 9, 13). Es como un médico que consagra su vida a los enfermos (Lc 5, 31). Efectivamente, trata a menudo con los pecadores y les concede su amistad ¹⁸. Jesús enseña que la voluntad de su Padre es que no se pierda ninguno de estos pequeños ¹⁹. Y, asimismo, que Dios, lleno de compasión hacia sus hijos pródigos (Lc 15, 11-32), les perdona sus deudas (Mt 6, 12-14). El tiene el poder de absolver todas las ofensas (Mt 9, 2-8). Perdona a la pecadora sus numerosos pecados (Lc 7, 48). Y hará que el buen ladrón entre en el paraíso (23, 43). Únicamente el rechazar la luz, "el pecado contra el Espíritu Santo", no es remisible ²⁰. En cambio, el Salvador da su vida en rescate por muchos (Mt 20, 28), y "*derrama su sangre por muchos para remisión de los pecados*" (Mt 26, 28). No sólo insti-

¹⁶ Pero El mismo no tiene vinculación alguna con el pecado (2 Co 5, 21; Jn 8, 46; 1 Jn 3, 5).

¹⁷ Lc 19, 10. «Los que se pierden» es una designación nueva de los pecadores, Mt 10, 28, 39; 16, 25; Lc 15, 4, 8, 24, 32; Jn 3, 16; 1 Co 1, 18; 8, 11; 2 Co 2, 15; 2 Ts 2, 10.

¹⁸ Lc 5, 30; 7, 34; Mt 11, 19.

¹⁹ Mt 18, 14; Jn 6, 39; 18, 9.

²⁰ Mt 12, 31-32; véase He 6, 4-6; 10, 26-27; 1 Jn 5, 16.

tuye su eucaristía para unir eternamente con su Padre a las almas purificadas en esta “nueva Alianza” sellada con su inmolación, sino que confía a sus Apóstoles el poder de que El mismo disponía en la tierra: “*A quienes remitieris los pecados, les son remitidos, y a quien se los retuvieris, les son retenidos*”²¹. Finalmente, durante su última aparición, el Resucitado ordena: “*Que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones*”²².

Comprendemos, pues, que el mensaje cristiano, la Buena Nueva, se resume en la siguiente afirmación de fe, repetida a porfía—en una u otra forma—por todos los Apóstoles: “*Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados*”²³. “*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*” (1 Ti 1, 15). Desde Pentecostés, San Pedro invitaba a las almas de buena voluntad a que se arrepintieran: “*Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados*” (Hch 2, 38). Pues “*a vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad*” (Hch 3, 26). “*A éste, Dios ha*

²¹ Jn 20, 23 (véase Mt 16, 19). La segunda parte de la frase no restringe el alcance de la primera. Se trata de una locución hebraica que expresa el carácter total y absoluto del perdón. Tener el derecho o potestad de «atar» significa que el poder de «desatar» carece de límites. A este sacramento de penitencia debe añadirse la extrema unción que es tan eficaz para purificar (Stg 5, 15-16).

²² Lc 24, 47. Si Cristo obtiene del Padre el que se borren todos los pecados, a los hombres les corresponde beneficiarse de ello. Lo cual supone que uno se reconoce a sí mismo pecador, según el ejemplo del publicano (Lc 18, 9-14); que uno desea ser purificado, contra lo que deseaban los Fariseos (Mt 9, 12; Jn 9, 41; 15, 22); y, sobre todo, que uno «se arrepiente» de sus propios pecados, es decir, que se lleva a cabo un cambio radical, una «conversión» de los propios pensamientos, sentimientos y conducta (Mt 4, 17). El pecador contrito tiene «el corazón traspasado» (Hch 2, 37) por el dolor. La Edad Media lo llamará «compunción» (véase la *Imitación de Cristo*). Se trata de un valor moral esencial y profundamente bíblico, pero descuidado por la espiritualidad moderna. Sin embargo, «los que lloran son los que saben», como escribía admirablemente Ruysbroeck.

²³ 1 Co 15, 3; véase Ro 5, 6-10; 8, 3-4; Ga 1, 4; Ef 1, 7: En El «tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados» (Col 1, 14).

exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hch 5, 31). En el atardecer de su vida, San Juan repite: "Y sabéis que *El apareció para quitar nuestros pecados*" (1 Jn 3, 5).

Si Cristo, en la cruz, expió nuestros pecados y rescató al género humano: nosotros debemos apropiarnos los méritos de esta muerte y hemos de matar efectivamente el pecado en nosotros. Esto lo lleva a cabo el bautismo: rito y sacramento de incorporación a Cristo. Por el bautismo el creyente se une con el Salvador como un miembro con un cuerpo o como una rama se injerta en un árbol: "*Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El, para que el cuerpo del pecado sea destruido*" (Ro 6, 6; véase 7, 6). Esta unión llega a ser tan real, que desde ese momento es Cristo resucitado quien vive en nosotros (Ga 2, 19-20). En Cristo llegamos a ser "nueva criatura" (2 Cor 5, 17; Ga 6, 15), "hombre nuevo" (Ef 4, 22-24; Col 3, 9-10). Es una "regeneración" o "nuevo nacimiento" (Tit 3, 5-7). Es el paso de este bajo mundo al mundo celestial: "*Ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos... Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús*" (1 Co 6, 9-11; véase Ef 5, 8). De ahí la inmensa y religiosa gratitud que llena el corazón del pecador justificado, y que constituye la nota dominante de su caridad. Al don—tan prodigioso—del perdón de las iniquidades, responde el reconocimiento y gratitud del alma purificada: "*Con gozo daréis gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados*" (Col 1, 12-14).

Para San Pablo, la creación de una humanidad nueva, liberada del mal (Ro 5, 12-19), es atribuida al amor divino, del que es prueba indiscutible. Al perdonar el pecado, Dios está revelando su amor: "*Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*" (Ro 5, 8; véase 8, 39; Jn 3, 16-17). Aquí tenemos la enseñanza suprema del Nuevo Testamento: Dios es amor. Y este amor no hace obra más grande que la de rescatar a los pecadores. Hasta tal punto, que este amor—insignemente gracioso—es el secreto de todo el plan providencial. Si Dios ha permitido la culpa y ha dejado que se multiplicaran las iniquidades, lo ha hecho a fin de dar más relieve a la intervención de su misericordia. Así como la experiencia de las tinieblas da más valor a la luz recobrada: así también la atroz conciencia de las inmundicias permite a las almas purificadas captar la bondad de un Dios que perdona a sus criaturas que le han ofendido. De ahí las dos afirmaciones que sirven de resumen a la Carta a los Romanos: "*Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia*" (Ro 5, 20). "*Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos*" (Ro 11, 32).



Mientras que el Antiguo Testamento, desde el día siguiente de la creación y a lo largo de miles de años, esboza el sombrío cuadro de una humanidad pecadora que respira dolor y vergüenza, el Nuevo Testamento es un canto de triunfo a la gloria de la bondad de Dios y de su omnipotencia: "*Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó*" (Ro 8, 37)... Y, sin embargo, la experiencia cotidiana ¿no está revelando en este mundo rescatado tantas iniquidades como antaño? (1 Jn 2, 15-16). La verdad es que, si el bautismo nos ha unido realmente con Cristo y nos ha hecho partícipes de su muerte, el cristiano debe explotar esta gracia de crucifixión y vivir día

tras día esta muerte al pecado: *“Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”* (Ga 5, 24; véase Col 2, 11). *“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias”* (Ro 6, 12; véase 8, 2-14). La asimilación con Cristo se va realizando progresivamente, la espiritualización se va llevando a cabo poco a poco. Y, puesto que el cristiano continúa viviendo en la carne y en un universo cuyo dueño sigue siendo Satanás²⁴, está llamado a luchar contra todas esas fuerzas malas y a irse liberando progresivamente del pecado. Su fidelidad no es una simple perseverancia, sino una victoria. Tan sólo en la ciudad bienaventurada, en la Jerusalén celestial, no tendrá lugar ya el pecado (Ap 21, 27; 22, 14-15). Y esto quiere decir que la condición esencial del cristiano es la de ser un pecador redimido.

Vemos que Jesús, cuando enseñó a sus discípulos a orar, al prever sus faltas, les invitó a decir: *“Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación”* (Lc 11, 4). Cristo instituyó el sacramento de la penitencia para perdonar los pecados que no dejarían de cometerse. Esta purificación sería la señal permanente de la virtud santificadora de su sangre y la obra de la infinita misericordia. Por consiguiente, sería una herejía el creerse a sí mismo impecable, y abrigar la ilusión de poder vivir sin pecado. Ya que sería contrario al orden providencial²⁵ el romper este vínculo de amor compasivo que Dios ha querido anudar con nosotros: *“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”* (1 Jn 1, 8). No cabe duda de que, con todas nuestras fuerzas, tenemos que

²⁴ 1 Jn 2, 13-14; 3, 8; véase Mt 5, 37; 13, 19, 28, 38-39; Jn 8, 44.

²⁵ Puesto que el hombre se había enorgullecido y alejado de Dios, el Señor substituyó la economía de la «justicia» (que había fallado) por una economía de «misericordia».

evitar ofender a Dios. San Juan, después de repetir: "*Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a El (a Dios) mentiroso, y su palabra no está en nosotros*" (1 Jn 1, 10), añade inmediatamente: "*Estas cosas os escribo para que no pequéis*"²⁶. Y precisará: "*Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado*" (1 Jn 3, 9; véase 5, 18). Pero los gramáticos hacen notar que este último verbo está en presente (*ou poiêi*), mientras que el anterior está en aoristo (*ina me amártete*). No significa, pues, una imposibilidad de pecar, sino que: el hijo de Dios no puede permanecer en sus pecados ni continuar ofendiendo a su Padre como antes de recibir la adopción divina.

¿Qué otra cosa queda sino que el don salvador de la caridad de Dios, en la pasión de Cristo, se renueva para cada cristiano? Este se vincula con su Padre, por medio del Hijo, gracias—como quien dice—a sus propios pecados. Día tras día sigue siendo contemporáneo del Calvario, cuya gracia de purificación y perdón recibe. Más exactamente, Cristo, resucitado a la diestra de Dios, continúa intercediendo por los pecadores y aplica los frutos de su Pasión. Los cristianos, pues, deben implorar del cielo la misericordia divina: "*Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad... Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y El es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*" (1 Jn 1, 9; 2, 1-2).

Ahí vemos por qué la Redención conserva siempre su actualidad, y cómo los "pobres pecadores" pueden entrar en el cielo y subsistir en la presencia de Dios. Tienen un abogado, un defensor, que por una parte es su hermano (He 2, 12), y por otra goza de pleno crédito ante su Padre

²⁶ 1 Jn 2, 1; véase 1 Co 5, 11; Ef 5, 3-7; 1 Ti 6, 3-5; 1 P 1, 15; 4, 15, etc.

común e intercede permanentemente en su favor ²⁷ Ofrece su preciosa sangre y purifica a los suyos de toda inmundicia (He 9, 14). Es un gran sumo sacerdote, instituido para la salvación de los hombres (He 10, 19-20).

Mientras que el primer hombre, después de perder la intimidad divina, fue expulsado del paraíso (Gn 3, 24), los cristianos, gracias a Cristo Salvador, pueden llegarse con confianza al Dios misericordiosísimo, con el corazón purificado (He 10, 22), para tributarle el culto que le es debido (He 12, 28). *“Os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”* (He 12, 22-24).

C. SPICQ

²⁷ 1 Ro 8, 34; He 4, 14-16; 7, 24-26; 9, 24. Véase: J. SCHARBERT, *Unsere Sünden und die Sünden unserer Väter* (Nuestros pecados y los pecados de nuestros padres), en «Biblische Zeitschrift», 1958, pp. 14-26.